

UNA INTEGRIDAD HORADADA

PRESENTACIÓN DE *LENTA, PRECIPITADAMENTE*, DE ANTONI VICENS

Por Rosa Durá Celma

Presentar un libro es darlo a conocer, es invitar a su lectura... Pero mirando a este foro me doy cuenta de que la tarea que aquí tenemos, si entendemos una presentación así, es poco menos que imposible porque sé que todos conocéis el libro y lo habéis leído el libro. Sin embargo, me propongo decir algo que despierte resonancias en vuestra memoria y que, quizás, os mueva a una nueva lectura. Yo puedo comenzar diciendo que *Lenta, precipitadamente* ha sido un libro de cabecera para mí en los últimos meses: lo trabajé para el espacio de literatura y psicoanálisis; lo trabajé para un cartel que tiene por título “Cosas de dinero en el inconsciente” y lo he trabajado para este evento.

Cuando acepté colaborar en esta presentación, la primera cuestión que me vino a la cabeza fue cómo enfocarla. ¿Me dejaría llevar por mi faceta filológica o abrazaría el discurso analítico? La división estaba allí. Como muy bien se dice en el prólogo, el texto se presta a ser leído como una novela, pero no como una novela decimonónica, añadiría yo, sino como una novela que comparte muchos de los rasgos de la narrativa postmoderna. Pensé que podría resultar interesante poner la obra en serie con los relatos contemporáneos. Para hacerlo hubiera debido señalar a ese sujeto que se lee como un texto en el que se va escribiendo, un sujeto fragmentado, en continua construcción, donde el “personaje” de la experiencia y el narrador constituyen una sola instancia. Hubiera abundado en la aniquilación de una cronología lineal, que da con una narración fragmentada preñada de saltos temporales y repeticiones (el sueño que sirve de núcleo a la experiencia insiste una y otra vez, aunque nunca es el mismo). Podría haber reparado en el aparición de temas tales como la identidad, la memoria, la pérdida y la muerte, tan frecuentes en los novelistas actuales y que en los testimonios cristalizan en la contextualización histórica que sirve de marco al sujeto de la enunciación y, fundamentalmente, en una pulsión de muerte que Toni expresa con palabras que no me resisto a reproducir: “La palabra ‘morir’ no encontraba pretexto en el que disolverse, el Otro sexo se confundía con ella”. Asimismo, me hubiera podido hacer eco de una idea que Xavier Giner expresó en el club de lectura acerca de la recepción que tendría este texto, qué experiencia de lectura podría efectuar alguien ajeno por completo a la comunidad analítica. Y me interesa en tanto a su potencial como generador de transferencia hacia el psicoanálisis. Y para terminar con esta serie, también hubiera podido rastrear las tan posmodernas ambigüedades y equívocos –

cómo no mencionar aquí ese “la vida me ama” que el autor califica de frase “delirante” y que tanto peso tiene en algunos testimonios (p. 24)–. Pero más que en todo ello hubiera hecho hincapié en uno de los rasgos que mejor conectan el escrito de Toni con la novela actual: la intertextualidad: los puentes entre su experiencia y los textos literarios, la conexión de su decir con otras artes (escultura, pintura, música), con texto cinematográficos, con otras disciplinas y discursos (la Filosofía, la Historia). En fin, que fácilmente hubiera podido orientarme por ese lado de la barra –el análisis literario–, pero no he querido hacerlo, aunque vaya por delante lo esbozado para mayor aliciente. En el otro lado de la barra se encuentra la vertiente analítica, claro, y ahora iré a ella. ¿Pero en medio?, es decir, ¿qué representa la barra? O mejor para el caso, ¿qué hace de gozne entre literatura y estos testimonios de pase? Los que hayáis leído el conjunto de relatos lo sabéis: el lenguaje poético. No insistiré demasiado en este aspecto, aunque no querría cruzar definitivamente al otro lado de la barra sin poner en valor el hecho de que de todas las funciones del lenguaje (informativa, emotiva, metalingüística, etc.) la función poética, que además de emplearse para “crear belleza con las palabras”, a lo que apunta es a despertar resonancias, a decir sin decir, a multiplicar los ecos. Y nada más apropiado, y es algo que se agradece en este “esfuerzo”, para la transmisión de una experiencia de pase que responde a la lógica del no-todo, donde la última palabra sobre lo real nunca puede ser dicha. Con mejores y más poéticas palabras, las de Toni: “el relato es una ficción que brinda un decorado presentable a una verdad que no se puede presentar desnuda”.

* * *

Todo testimonio tiene un valor de enseñanza, pero lo que distingue este ‘macrotestimonio’ es, precisamente, su integridad horadada, y me explico. Como el autor dice, estos escritos ofrecen fragmentos de una singularidad, la suya (p. 19). Para mí es un hallazgo la publicación de todos estos escritos en un solo volumen, reunidos bajo un título y una estructura externa dividida en capítulos y epígrafes que confieren unidad al conjunto. No es todo lo que se podía decir, ni falta que hace. Las imágenes que me vienen son las de un puzle incompleto o la de un tejido, quizá el que aparece en la portada, una trama en la que las hebras se separan y se unen para abrir huecos, pero también para formar nuevas trazas. De este entramado que para mí tiene un enorme valor de enseñanza, me gustaría extraer tres aspectos que me han resultado especialmente luminosos.

En algún momento (p. 33), el autor nos dice que el relato de una vida se hace con imágenes. Me ha ganado el esfuerzo por explicar de manera clara, teniendo en cuenta la complejidad que ello conlleva, las diversas fases de la construcción del síntoma, la expresión de su lógica en su articulación con el objeto escópico e invocante. Cómo se localizan en la experiencia del análisis, cómo el sujeto les ha dado consistencia, cómo trata de capturarlos, de domesticarlos y depurarlos (primero con la pintura, luego con la Filosofía, para finalmente llegar a concluir que, por lo que se refiere al objeto mirada, no había nada que ver en la escena primordial, momento en el que el *objeto a* se muestra en su lado real (p. 39); y en relación al desbroce del objeto fundamental, la voz con su reverso mudo, cómo supone el abandono de la mortificación y una modificación del goce que, ahora, puede darse la mano con una nueva forma de amor (pp. 24, 37). Como he dicho me parecen particularmente preciosos desde el punto de vista del saber clínico.

Un segundo aspecto que subrayaría es el que tiene que ver con el pasaje del analizante al analista: “Mi responsabilidad era, entonces –declara el autor– la topología del agujero. Más aún: vivirla como ética (...) me autorizo a estar en el lugar del agujero y representar la respuesta que el psicoanalizante está a punto de encontrar. Me autorizo a no tener nada que decir ni nada que saber ante las figuras que el analizante me presenta (...) a la vez que me autorizo a responder, en nombre de una palabra que no se vende al discurso corriente, a la paranoia ordinaria, una palabra que no se propone completar nada (...) Esta es también otra forma de un nuevo amor, cuya práctica deliberaré sostener” (p. 43-44).

Y sin abundar demasiado en ello, como tercer aspecto, destacaré, por la inversión que supone respecto a la clásica pregunta ¿qué es ser una mujer?, para un hombre –se entiende– el interrogante que se abre para el autor sobre cómo ser un hombre para una mujer, pregunta que como él mismo expresa le conduce directamente a la cuestión de la paternidad (p. 52). Me parece interesante, como he dicho, por esa subversión que también Marie-Hélène Brousse tanteó el año pasado en el Seminario de textos, aunque sin desarrollarla demasiado.

Por último, me gustaría concluir con una demanda, Toni, siempre que tengas a bien. En el cartel que he mencionado al principio, y después de leer también un artículo tuyo titulado “Maldita la parte”, publicado, como sabes, en Colofón (n. 34), nos hicimos con una breve reseña de un texto que presentaste en el Seminario del pase en 2010: “Vengo por la paga” en el que hacías alusión al valor del pago como tratamiento de la castración y mencionabas la importancia que el dinero había tenido en tu análisis. Vimos el cielo abierto ahí, porque no nos está resultando demasiado fácil encontrar textos que traten la

cuestión del pago y del dinero. Y aprovechando la reciente publicación de *Lenta, precipitadamente*, nos pusimos a bucear en tu texto, aunque a decir verdad nos quedamos con ganas de más. A lo largo de los testimonios hablas de “deuda con la vida” (p. 29), mencionas tu “no saber hacer con la letra, con el dinero, con el otro sexo” (p. 36), aludes a la caída de los ideales, entre los que se encuentra el bien, la verdad y el dinero “(p. 59) y por último, sobre la angustia, que tanta importancia tiene en los escritos, dices lo siguiente: “Queda entonces una única salida: la angustia, que no paga” (p. 80). En fin, seguro que alguno de los miembros del cartel aquí presentes afinan un poco más la pregunta en torno a este tema, de modo que concluyo aquí. Gracias por compartir con nosotros este momento y, desde luego, por el trabajo que has hecho.

rosa.dura@uv.es